

de la misma etapa el que pague los platos rotos de la disconformidad del escritor con su escritura juvenil y comprometida. Los restantes de aquel momento adolecen más o menos de idénticas limitaciones y están aquejados por semejantes problemas. Hasta el propio autor es consciente de ello, al punto de plantearse la poda completa: «Esta insatisfacción respecto a mi propia labor me induciría a prescindir de cuanto escribí y publiqué desde 1953 hasta 1964, pero en este caso no se trataría de unas obras completas sino selectas».

Arriesgó Pere Gimferrer en el amplio delantal de Aguilar una atinada y convincente hipótesis a esa exclusión: «con frecuencia, decisiones de este tipo están movidas antes por la necesidad de exorcizar los demonios interiores del autor que por un juicio objetivamente exacto, y nos es lícito suponer que, en *El circo*, Goytisolo, eligiendo este título a modo de chivo expiatorio, ha condenado más su estética de entonces –para la que ha tenido luego palabras severísimas– que la individualidad de la obra». El juicio actual de Goytisolo, al frente de las presentes «completas», es demoledor para *El circo*: la novela, dice, «me abrumba con su irremediable mediocridad», y añade, entre una letanía de descalificaciones que abreviaremos: «¿Cómo pude perpetrar, me digo, semejante bodrio, mal escrito, plagado, plagado de escenas convencionales y de pláticas tan tediosas como manidas?» (t. I, p. 40). Aunque *El circo* fuese hijo del «lector voraz, pero inexperto plumífero» que entonces era el autor, y, por esas reservas, «me cuesta admitir que su autor fuera yo», es la mirada retrospectiva la que se ensaña con este libro, ni peor ni mejor que sus vecinos de la trilogía machadiana, con los que tiene inequívoco aire de familia, o incluso tampoco muy superior a la siguiente novela, *La resaca*, uno de los hitos de la novela social. En cualquier caso, *El circo* constituye un ejemplo representativo de amateurismo literario que alcanzó a otros de sus compañeros de promoción porque fue, en buena medida, consecuencia del intenso adanismo literario sufrido por los escritores del medio siglo. Dejada constancia por el propio Goytisolo de su radical disconformidad con aquella prosa de primera juventud, tendría que haber indultado a *El circo*.

Los cuatro primeros tomos de estas segundas «(in)completas» tienen un trenzado cronológico que permite presentar en cohe-

rente proximidad textos de diverso carácter, narrativo y ensayístico. Este principio se rompe al llegar al tomo 5. El cambio no constituye ningún serio obstáculo en la continuidad de la publicación. El tomo I incluye la fase inicial de la obra de Goytisolo, la que va de 1954 a 1959, un periodo cerrado, al entender del autor: «La primera etapa de mi narrativa concluye en *La resaca*» (t. II, p. 9). Las novelas de esos años, *Juegos de manos*, *Duelo en el paraíso*, *Fiestas* y *La resaca*, van en compañía de *Problemas de la novela*, miscelánea de ensayos y artículos de fidelidad castelletiana que abogan por el objetivismo y el compromiso, y que fueron referente teórico para la joven narrativa mediosecular. También incluye el artículo «Para una literatura nacional popular», breviario del pensamiento del autor en la época, debatido e influyente entonces, y en las antípodas de sus posturas posteriores.

El compromiso y la denuncia que sostienen *La resaca* se prolongan en las obras publicadas entre 1959-1965 y que se recogen en el tomo II. Consciente, según explica, de la pobreza de su vocabulario y de escribir siguiendo los modelos de sus insatisfactorias lecturas, se aplicó a forjarse un lenguaje de su elección. De este empeño, establecida la residencia ya en Francia, y de la acentuación de un compromiso político surgen los títulos de este segundo volumen: los libros de narraciones *Para vivir aquí* y *Fin de fiesta*, la novela *La isla*, los viajes españoles *Campos de Níjar* y *La Chanca* y otro viaje, el panegírico castrista surgido de una visita a Cuba, *Pueblo en marcha*. En el preliminar de estos escritos (II, p. 13) figura un expreso reconocimiento de su significado histórico y de una de las raíces de su valor instrumental: «Todas estas obras deberían ser leídas en el marco de un planteamiento generacional: el del propósito de testimoniar —mío y de otros escritores— el atraso y opresión vividas por una mayoría de población hispana durante la interminable posguerra franquista. Respondían a nuestra voluntad de reflejar lo vetado por la censura, de cumplir el papel informativo que normalmente corresponde a la prensa en los países democráticos».

La etapa de la «actividad literaria adulta», aquélla de la que «asumo la responsabilidad de sus faltas y méritos» (I, p. 12), ocupa el tomo III, que contiene la novela con la cual arranca, *Señas de identidad*, y las inmediatas sucesivas: *Don Julián* (título

definitivo de su alegato antitradicional antes rotulado *Reivindicación del conde don Julián*), *Juan sin tierra*, *Makbara* y *Paisajes después de la batalla*. En las correspondientes explicaciones preliminares aporta Goytisoló datos de interés crítico. El autor entiende *Señas de identidad* como una novela que viene de su pasado y afronta el paso a una nueva etapa; no la ve, por tanto, como la ruptura radical de una estética, según muchos la consideramos, y, además, la independiza de *Don Julián* y *Makbara*, con las cuales forma un ciclo que figura ya en la rutina crítica como la «Trilogía de Mendiola». El proceso de escritura de estos libros detallado por el autor invita a dar por buena esta nueva percepción de las tres novelas del desarraigo, y a desterrar ese convencionalismo, pero tampoco debemos aceptar la explicación al pie de la letra. Entre otras razones porque el mismo Goytisoló, en contradicción con lo que ahora explica, ha vinculado las tres obras en una unidad de sentido en ocasiones precedentes. Al respecto, cuestiona cuánto se debe este planteamiento a una reconsideración crítica profunda y cuánto a las ganas de marear la perdiz el que hace bien poco, en 2004, sacó una reimpresión conjunta de los tres libros bajo un común rótulo, bien poco feliz, por cierto, *Trilogía del mal*.

Este tomo tiene su enlace natural y lógico en el IV, donde figura lo que Goytisoló estima como la obra que responde a su más personal ambición, la de insertarse en «el árbol de las letras» recordado. La empeñosa carrera de escritor que se quiere solitario y artista arranca, en realidad, en el tomo anterior y agrega en éste los eslabones que forman la cadena narrativa que enorgullece al autor y llega al presente. Son los títulos que se suceden entre 1988 y 2003: *Las virtudes del pájaro solitario*, *La cuarentena*, *La saga de los Marx*, *El sitio de los sitios*, *Las semanas del jardín*, *Carajicomedia* y *Telón de boca*.

El tomo V, *Autobiografía y viajes al mundo hispánico*, acoge otro gran registro de Goytisoló, el confesional. Se abre con los dos libros de su autobiografía directa, *Coto Vedado* y *En los reinos de taifa*, y les añade en apéndice unos cuantos artículos con experiencias y recuerdos personales. Por otra parte, recupera una obra entroncada con una de las grandes pasiones del Goytisoló «adulto», el mundo musulmán, un viaje al *Estambul otomano*, y

da unidad a unos reportajes de prensa dedicados a otro viaje, a Capadocia, donde el autor percibió reencarnada la imaginería de Gaudí. La autobiografía fue en su momento un escrito revulsivo, sobre todo por descubrir un asunto tabú hasta hace poco, la homosexualidad, que, de todas maneras, Goytisoló encuadraba en un marco mucho más amplio, el proceso que condujo a su múltiple exilio, político, cultural y físico. Es, además, el punto de arranque de un gusto muy querido y ponderado por el autor, la apropiación o utilización de lo confesional (y de pasajes de sus propios escritos) como materia narrativa incrustada, con frecuencia con sentido humorístico, en sus novelas o relatos. La autobiografía de Goytisoló constituye sin duda un jalón eminente en la escritura confesional española, abrió un camino irreversible entre nosotros al relato sincero y no embellecedor de la experiencia personal, y aportó un tratamiento de intencionalidad artística del todo alejado del puro referir vivencias particulares. Llama la atención, sin embargo, la capacidad de Goytisoló para ensombrecer sus aportaciones indudables por la afición a autoengrandecerse, que es lo que hace en el prólogo al volumen. Hasta él, viene a decir, nada valioso había en la literatura hispánica, salvo *Narrative of his life* de Blanco White que, claro, tradujo él. Lo demás, memorias con «una sorprendente carencia de autocrítica y honestidad: una sarta de anécdotas y chismes sobre los demás y un silencio prudente sobre los episodios menos gloriosos de la vida de sus autores» (V, p. 11). Menos mal que el honesto Goytisoló nos redimió de tanta incuria.

Es imprescindible olvidarse de tales «goytisoladas», como llama Carlos Semprún a estas manías con ánimo de hacer sangre, para apreciar el mérito de la trayectoria literaria e intelectual que revelan los tomos aparecidos de estas *Obras completas*. Encarna Goytisoló una aventura que excede lo literario para convertirse en paradigma intelectual y moral de toda una época. Una de sus novelas, la mejor suya, *Señas de identidad*, supone un hito decisivo en la historia de nuestra narrativa a la que supo sacar del convencionalismo realista y proyectarla hacia la modernidad. En fin, completas o incompletas, estas obras reunidas aportan las pruebas que convierten a su autor en referente inexcusable de las letras españolas de la segunda mitad del siglo XX. Quedan pendientes

de aparecer dos tomos que redondearán la recopilación editorial de la escritura del catalán, uno que recogerá *Ensayos literarios* (el VI) y otro que facilitará el reencuentro con la parte más difícil de hallar de sus páginas, *Miscelánea y prosa*. Aplazamos hasta su salida añadir una coletilla a esta consideración global de Juan Goytisolo ©